

Familia misionera



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS



V ENCUENTRO
MUNDIAL DE
LAS FAMILIAS

Tema 1 La dimensión misionera de la familia

Presentación y objetivos

El Papa Juan Pablo II recuerda al inicio de la encíclica *Redemptoris missio* que “la misión de Cristo está sólo en sus comienzos”. Existen aún muchas personas y pueblos que no conocen a Cristo o lo conocen de forma insuficiente o precaria. Muchos ámbitos sociales y culturales también están necesitados de ser evangelizados y recibir el mensaje de la fe.

La responsabilidad de que llegue a todos el mensaje del Evangelio y la fe en Cristo es de todos los miembros de la Iglesia (cf. RM 49). Es una característica esencial de la fe; toda la Iglesia es evangelizada y evangelizadora, porque cada cristiano recibe la fe para vivirla en la comunidad cristiana y desde ella irradiar el Evangelio con el testimonio de su vida y de su palabra dentro y fuera de los ámbitos de la comunidad.

Las familias cristianas tienen también parte en la misión universal de la Iglesia. Su acción evangelizadora rebasa los límites del marco familiar, tiene una dimensión apostólica. Tanto las personas como las comunidades cristianas necesitan abrirse a compartir con los demás, especialmente el don de la fe recibida, que debe llegar a las personas y pueblos que necesitan que el Evangelio les sea anunciado (*ibid.*).

La cooperación en la misión es signo de madurez, de apertura y de autenticidad en la fe. Una familia cristiana en la que –cada uno de sus miembros y ella como familia– se vive la fe con madurez es una familia que siente la misión universal de la Iglesia como algo propio y colabora con ella en la medida de sus posibilidades.

En este tema se pretende profundizar en la dimensión misionera de la familia: cómo la responsabilidad misionera pertenece al ser de la familia cristiana, su fundamento y las formas en que una familia está llamada a vivir la misión.

Para el diálogo en grupo al inicio de la sesión

- Las familias cristianas de hoy, ¿están capacitadas para pensar en su responsabilidad misionera, o bastante tienen con mantener la fe?
- ¿Cómo viven actualmente la responsabilidad misionera las familias cristianas?
- ¿Es posible implicar a familias concretas en este compromiso? ¿Qué oportunidades se ofrecen? ¿Qué dificultades se presentan?

Testimonio

Florencio Iglesias es delineante industrial y M.^a Fernanda Rodríguez, profesora. Son de Sevilla, llevan casados 19 años y tienen 9 hijos. Es un matrimonio misionero del Camino Neocatecumenal que está en misión en Marsella (Francia) desde 1994. Éste es el testimonio, resumido, que dieron en el Congreso Nacional de Misiones de Burgos.

En 1994 estábamos en una convivencia y escuchamos de nuestros catequistas una invitación del Papa a evangelizar como familia.

La preparación y el desarrollo de nuestra vocación se han realizado como algo natural dentro de la comunidad. En ella comprendimos que Dios quiere contar con personas concretas para anunciar su amor, que no hay nada de mágico, que la fe se transmite como la gripe, por contagio directo.

En cuanto a nuestra actividad hoy día en la parroquia de destino, habría que decir primero que cuando llegamos a la misión traíamos muchas ideas preconcebidas y falsas sobre lo que puede ser una misión. Creíamos que íbamos a convertir a muchas personas y a aportarles muchas cosas. Luego el Señor nos ha hecho comprender que nos ha traído a la misión primero para nuestra conversión personal.

Un factor importante es la llamada inculturación, que es como una especie de simbiosis entre nosotros y el medio en que vivimos, con una cultura, lengua, costumbres diferentes. Ésta se hace bastante difícil, ya que nos encontramos viviendo en una sociedad muy distinta de la que quisiéramos para educar a nuestros hijos. La familia cristiana como tal ha desaparecido desde hace más de dos generaciones. El curso pasado nuestra hija Nazaret era la única de la clase cuyos padres no eran divorciados. La familia es más bien monoparental, existe un padre o una madre y uno o dos hijos máximo (la media nacional es de 1,6 hijos por familia, más alta no obstante que en España). Como los dos trabajan, la falta de tiempo de dedicación se suple con todos los caprichos que el niño quiera. Dado que la familia está destruida, se ha perdido la autoridad moral y el Estado es el que hace de “papá”, marcando las pautas de conducta. Entre los múltiples ejemplos proponemos uno.

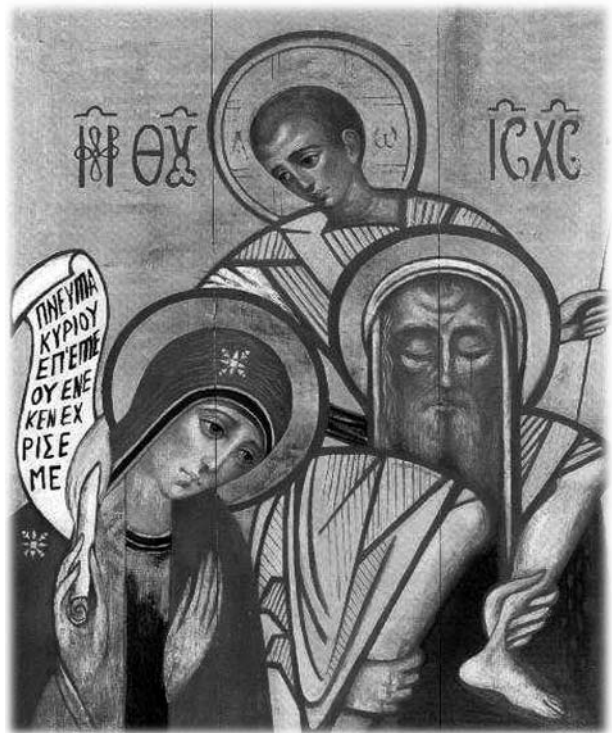
En la educación sexual, a lo único que se les enseña es “a protegerse”, sin el más mínimo dominio sobre la voluntad. Los términos de virginidad, castidad, continencia, pudor, celibato, no aparecen por ningún lado. Cuando hablamos de esto con una directora de colegio nos trató de “naïf” y nos recomendó cambiar de “establecimiento” escolar. Cada vez aparecen más pronto las relaciones sexuales entre los jóvenes y la homosexualidad. Las madres son las primeras en dar los anticonceptivos a sus hijas y si por desgracia hay un embarazo no deseado se recurre a la I.V.G., unas siglas para encubrir la interrupción voluntaria del embarazo, reembolsado al 100% por la seguridad social... En nuestro barrio el año pasado ha habido seis adolescentes que se han suicidado (lógicamente, esto no sale en la prensa).

Contamos esto como ejemplo para que se comprenda que esta sociedad no está preparada para sufrir, que el menor signo de sufrimiento hay que quitarlo de en medio, con lo cual la predicación de la cruz sigue siendo, igual que en la época de San Pablo, una estupidez.

Además, no estamos reconocidos como misioneros, ya que los misioneros están en África o América del Sur o Asia, pero no en Francia. Sin embargo, vemos cada día más claro que nuestra primera misión es la de vivir aquí haciendo presente la familia en un lugar donde no existe. Esto, sin ninguna pretensión por nuestra parte, porque estamos muy lejos de ser una familia modelo. Esto es lo único que tenemos

para transmitir, el amor gratuito que hemos recibido de Jesucristo, capaz de sacarnos de todos nuestros miedos, angustias, impotencias, que nos da la fuerza para estar fuera de nuestro país, lejos de nuestras familias, etc.

Desde hace ocho años pertenecemos a una parroquia situada en un antiguo barrio obrero, en el cual aún existen células comunistas. Las personas que pertenecen al territorio de la parroquia son unas 8.000. De ellas, el 40 % son de religión musulmana, y un 20 % de religión judía. Se celebra una misa el sábado y otra el domingo. La asistencia es de 50 a 60 personas. La realidad es bastante pobre, así que hacemos una pastoral de evangelización. Visitamos las casas, anunciando a los que nos reciben y nos quieren escuchar (que son muy pocos) el amor de Jesucristo. Los judíos no abren las puertas, los musulmanes son más acogedores, aunque no les interesa para nada, y el resto son personas creyentes pero no practicantes.



En los tiempos fuertes de la liturgia hacemos catequesis para adultos. Durante estos años hemos visto pasar mucha gente por la parroquia, gente con la vida muy destruida, con una debilidad humana enorme, tantísimas personas depresivas, personas de buena posición con todas las necesidades materiales cubiertas, pero con una gran falta de amor en sus vidas. Los que acogen el Evangelio empiezan a cambiar, el Señor los hace personas, les devuelve la dignidad.

Además hacemos catequesis de preparación a los sacramentos del bautismo, de la confirmación y del matrimonio; animamos las misas y las diferentes fiestas litúrgicas durante el año, tratando de transmitir fielmente lo que hemos recibido, es decir, el anuncio del amor gratuito de Jesucristo tal y como somos, sin exigencias, su misericordia, a través de la predicación, el amor a la Iglesia como madre y maestra, y la posibilidad de redescubrir la fe dentro de una comunidad.


Nuestra misión es bastante árida, porque esta sociedad no quiere escuchar. Pero el Señor nos da perseverancia y amor, nos da ánimo a nosotros y a nuestros hijos.

FLORENCIO IGLESIAS Y M.^a FERNANDA RODRÍGUEZ

Desde la realidad

Florencio y María Fernanda cuentan cómo han sentido la vocación misionera y la están realizando en Francia, llevando el testimonio del Evangelio con su vida y su predicación.

- ¿Qué opinión te merece este testimonio?
- ¿Qué parecidos encuentras con la situación de nuestra propia sociedad y de la Iglesia en España?
- ¿Cómo despertar la conciencia misionera en las familias? ¿Cómo puede una familia formarse para vivir la misión?
- ¿Tiene fundamento que un matrimonio con su familia se entregue totalmente a la misión?



Esta dimensión misionera alcanza a todos los miembros de la familia, dentro y fuera del ámbito familiar. Así, con la vida familiar, el testimonio, la inserción en la vida de la Iglesia, su compromiso apostólico, etc., se convierte en familia evangelizadora.

La familia evangelizadora

La familia cristiana está llamada a vivir con responsabilidad su inserción en la Iglesia y a asumir la parte que le corresponde en la evangelización del mundo.

El modo en que la familia cristiana realiza esta misión evangelizadora en el mundo es *propio y original*, pues responde a su ser como *una comunidad íntima de vida y amor*. Ello significa que, por un lado, la *forma* en que lo realiza es según una *modalidad comunitaria*, los cónyuges en cuanto que forman una pareja, y los padres y los hijos en cuanto que son una familia. Y, por otro lado, por el *contenido* de su acción: *la realidad de la vida conyugal y familiar vivida en el amor* (cf. FC 50). La familia, siendo “un corazón y un alma sola”, vive la fe y el amor cristianos en la extraordinaria riqueza de matices de la vida familiar; de esta manera su aportación a la misión salvífica de la Iglesia es insustituible.

Testimonio misionero de la familia

Dada la especificidad de su misión, el testimonio de la familia cristiana en el mundo tiene una importancia capital (cf. AA 11). A través de la vivencia de la vida familiar, los esposos junto con sus hijos hacen presente la Iglesia y el mensaje del Evangelio en los ambientes cotidianos en los que se encuentran los miembros de las demás familias. La familia está llamada a hacer “partícipes a otras familias, generosamente, de sus riquezas espirituales” (GS 48): la vivencia del amor y la fidelidad de los esposos, la unidad y solidaridad en la familia son una presencia viva de Cristo en medio de las circunstancias cotidianas en que se desenvuelve la familia.

La familia presta un servicio fundamental a la edificación del Reino de Dios en la historia y en el mundo. Como “iglesia doméstica” participa de la vida y de la misión de la Iglesia universal y, por este motivo, viene a ser “una representación histórica del misterio mismo de la Iglesia” (FC 49). Fundada en el sacramento del matrimonio que han recibido los esposos cristianos, participando en la vida de la Iglesia y desde la dinámica propia de la vida familiar, la familia coopera eficazmente en la transmisión del amor que recibe de Cristo y participa de la fecundidad sobrenatural de la Iglesia, “símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia” (*ibid.*).

La potencia evangelizadora y misionera que posee este testimonio de las familias cristianas es inimaginable. Cuando una familia cristiana hace de su vida familiar un testimonio claro y consciente de la fe en Cristo, crea profundos interrogantes (cf. EN 21) que mueven a muchos a interesarse por la verdad y por Cristo.

...al compromiso misionero

Las dimensiones del compromiso misionero de una familia son múltiples, dentro del hogar, en su propio lugar de residencia o, incluso, marchando a cooperar con una Iglesia que necesite de su generosidad.

Para orientar al grupo al compromiso misionero se sugiere la lectura del siguiente texto del Concilio Vaticano II:

“Esta misión la ha recibido de Dios la familia misma para que sea la célula primera y vital de la sociedad. Cumplirá esta misión si, por la piedad mutua de sus miembros y la oración dirigida a Dios en común, se presenta como un santuario doméstico de la Iglesia; si la familia entera toma parte en el culto litúrgico de la Iglesia; si, por fin, la familia practica activamente la hospitalidad, promueve la justicia y demás obras buenas al servicio de todos los hermanos que padezcan necesidad. Entre las varias obras de apostolado familiar pueden recordarse las siguientes: adoptar como hijos a niños abandonados, recibir con gusto a los forasteros, prestar ayuda en el régimen de las escuelas, ayudar a los jóvenes con su consejo y medios económicos, ayudar a los novios a prepararse mejor para el matrimonio, prestar ayuda a la catequesis, sostener a los cónyuges y familias que están en peligro material o moral, proveer a los ancianos no sólo de lo indispensable, sino procurarles los medios justos del progreso económico” (AA 11).

Después de su lectura podemos sugerir algunas pistas para el compromiso misionero considerando a la familia como iglesia doméstica que:

– *Transmite la fe:* los padres cristianos asumen el compromiso de transmitir la fe a sus hijos. Esto se puede hacer en el hogar familiar, en la escuela, en la comunidad parroquial. ¿Cómo pueden colaborar los padres en esta tarea?

– *Inicia a la oración y a los sacramentos:* los padres son los primeros en enseñar y acompañar a sus hijos en la plegaria y en la participación sacramental. ¿De qué manera se puede potenciar este compromiso?

– *Introduce en un estilo de vida evangélico:* son los padres quienes, con la palabra y el testimonio, ayudan a sus hijos a vivir el estilo de vida de Jesús. ¿Qué prioridades habría que asumir en este momento histórico en la educación moral de los hijos?

– *Fomenta el compromiso misionero:* la familia es la plataforma ideal para que la fe y la vida cristiana se expandan a otras personas y familias. ¿Cómo puede hacerlo hoy una familia cristiana?

Más aún, hay familias que para responder a la vocación misionera recibida dejan su país y parten a otro lugar donde es preciso anunciar el Evangelio. Esta decisión ¿es una “locura” o una respuesta a una llamada del Espíritu?

Compromiso misionero del grupo

(Escribir algún compromiso como respuesta a los interrogantes planteados).

Oración

Oh, Dios, que en la Sagrada Familia nos dejaste un modelo perfecto de vida familiar vivida en la fe y la obediencia a tu voluntad.

Te damos gracias por nuestra familia. Concédenos la fuerza para permanecer unidos en el amor, la generosidad y la alegría de vivir juntos.

Te pedimos, Señor, que este tiempo de preparación al Encuentro Mundial de las Familias sea un tiempo de intensa experiencia de fe y de crecimiento de nuestras familias.

Ayúdanos en nuestra misión de transmitir la fe que recibimos de nuestros padres. Abre el corazón de nuestros hijos para que crezca en ellos la semilla de la fe que recibieron en el bautismo. Fortalece la fe de nuestros jóvenes, para que crezcan en el conocimiento de Jesús. Aumenta el amor y la fidelidad en todos los matrimonios, especialmente aquéllos que pasan por momentos de sufrimiento o dificultad.

Derrama tu gracia y tu bendición sobre todas las familias del mundo, especialmente aquéllas que se preparan para el próximo Encuentro Mundial de las Familias en Valencia. Bendice también a nuestro Papa Benedicto. Dale sabiduría y fortaleza, y concédenos el gozo de poderlo recibir en Valencia junto con las familias de todo el mundo.

Unidos a José y María, te lo pedimos por Jesucristo tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

V ENCUENTRO MUNDIAL DE LAS FAMILIAS (Valencia, julio 2006)



Familia misionera



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS



V ENCUENTRO
MUNDIAL DE
LAS FAMILIAS

Tema 2 **La animación y cooperación misionera desde la familia**

Presentación y objetivos

La familia cristiana tiene una intrínseca responsabilidad misionera, que le corresponde por ser parte de la Iglesia universal y ella misma iglesia doméstica. Cuando se vive la fe de forma auténtica, se experimenta la universalidad de la Iglesia y la urgencia de la misión. Por eso todo el Pueblo de Dios está llamado a participar en la animación misionera y a cooperar en la obra evangelizadora de la Iglesia. La familia puede también participar como tal en la animación y cooperación misionera.

La familia tiene una dimensión misionera que le es propia, y la vive asimismo de forma propia. Sin embargo, necesita también sentirse interpelada e involucrada en la misión de la Iglesia. Con cierta frecuencia las familias cristianas tienen dificultad en identificarse con las formas de la misión y en encontrar el modo en que ellas pueden cooperar con dicha misión. La misión puede parecerles un ideal al que aspiran, pero al que no pueden llegar.

La realidad es que esto no es así. Las familias cristianas, desde la misma convivencia familiar basada en la fe y el amor, ofrecen una contribución esencial para la misión: su testimonio de vida cristiana vivida en familia. En un mundo que necesita testigos (cf. EN 41), el testimonio de vida según el Evangelio es “la primera e insustituible forma de la misión” (RM 42). La vida misma de los cristianos, de las familias, de los misioneros, de las comunidades eclesiales, etc., es un elemento esencial para la misión. Las familias cristianas, con su esfuerzo por ser coherentes con el Evangelio, ya están contribuyendo en gran medida a la misión.

En este tema se exponen las pautas para una verdadera animación misionera de las familias. Se intentará que tomen conciencia de su responsabilidad misionera y de su compromiso con la misión de la Iglesia de acuerdo con su condición de vida.

Para el diálogo en grupo al inicio de la sesión

- Comentar los hechos conocidos que muestran cómo una familia se implica en la animación y cooperación misionera. ¿Se sienten interpeladas las familias cristianas por la urgencia de la misión de la Iglesia?
- Esta participación ¿es una exigencia de la fe o un acto voluntarista?
- ¿Vale la pena “comprometerse” en esta tarea? ¿Qué aporta a la vida de la familia? ¿Qué dificultades entraña?

Testimonio

Somos un matrimonio misionero de la Fraternidad Misionera Verbum Dei; tenemos cuatro hijos de 6, 11, 13 y 20 años. Vivimos en Zaragoza, donde Germán trabaja en un colegio como maestro de Primaria y Ana María se dedica a las tareas de la casa en el hogar familiar.

Para hablar de nuestra vida misionera, de nuestra familia hoy, tenemos que trasladarnos muchos años atrás. En un momento de nuestra vida, Jesús fijó en nosotros su mirada, nos amó, nos llamó y nos invitó a seguirle desde el estado de vida matrimonial. Fue la experiencia fundamental que marcaría nuestra forma de vivir y actuar. “Venid conmigo y os haré pescadores de hombres” (Mt 4, 19). Dios ponía delante de nosotros un proyecto de vida y de amor que alcanzaría a nuestros hijos, a nuestra familia y a muchas otras familias.

El Señor nos llamó, ya “desde el seno materno” (Jr 1, 5), para que “estuviéramos con Él y para enviarnos a predicar” (Mc 3, 13) y, por su gracia, hemos ido encontrando la respuesta a esta llamada, como aquellos primeros discípulos, en nuestra dedicación a la oración y al ministerio de la Palabra (Hch 6, 4). Reconocemos que esta llamada es un don, un regalo de Dios, por puro amor, por pura misericordia, porque él se fijó en nuestra pequeñez, y por eso podemos cantar el Magnificat en acción de gracias junto a nuestra Madre, la Virgen.

Comenzamos nuestra formación misionera hace veinte años, poco después de casarnos y tener nuestro primer hijo. Dios nos llamaba y queríamos responder a lo que Él quisiera de nosotros. La oración, el trabajo, el estudio, la educación de nuestros hijos y el apostolado fueron marcando el ritmo de esta primera etapa de nuestra vida misionera. Primero, Valencia para la formación en la espiritualidad propia del carisma. Después, Madrid para la formación teológica y Lisboa para una experiencia de evangelización. Más tarde, Roma para completar estudios. Y luego vendrían otros destinos, Madrid como formadores y actualmente Zaragoza para colaborar con la pastoral misionera de la diócesis.

Por una parte, trabajamos en la formación de cristianos dedicados a la evangelización y al servicio de la Palabra de Dios. Cuidamos la vida espiritual y la formación que los capacite para ser apóstoles y misioneros que, desde la oración, el testimonio de vida evangélica y el anuncio de la Palabra, ayuden a otros a ser también discípulos y misioneros de Cristo. Buscamos que la formación sea integral y abarque todos los ámbitos de la vida, según el propio estado de vida. Para ello organizamos retiros, ejercicios espirituales, convivencias, charlas, formaciones, revisiones de vida y tutorías.

Pero, por otra parte, el trabajo apostólico se dirige a la evangelización de todas las gentes. Las iniciativas apostólicas surgen de corazones enamorados de Cristo, y quienes participan en la formación se convierten en los pilares y en los impulsores de los proyectos de evangelización. Actualmente trabajamos en una “escuela de apóstoles”, desde donde se proyectan distintas actividades formativas y de evangelización. Nosotros además colaboramos en el colegio donde Germán trabaja como maestro de Primaria, llevando un grupo de fe dirigido a los padres de alumnos que luego se responsabilizan de la catequesis familiar. En la parroquia, con el grupo de inmigrantes. En algunos pueblos, con el equipo de celebrantes de la Palabra en ausencia de presbítero. Desde la Delegación de Misiones, ayudando en los planes pastorales de la diócesis en este campo.

A lo largo de todos estos años hemos vivido el gozo de poder contemplar cómo Dios ha ido escribiendo una maravillosa historia de amor con nuestra familia. Siempre tuvimos la certeza de que lo más grande que podíamos dar y dejar como herencia a nuestros hijos era la fe, el descubrimiento de un Dios Padre, amigo, compañero, que nos habla al corazón. Creemos en su palabra cuando nos dice: “Todos tus hijos serán discípulos de Yahvé y será grande la dicha de tus hijos” (Is 54, 13). Desde pequeños les hemos enseñado a dirigirse a Jesús, al Papá Dios, a la Virgen, de una manera sencilla y espontánea; a tratar con Dios como el que trata con un amigo. Hemos procurado crear ambientes en los que nuestros hijos experimentaran que nuestra familia forma parte de una familia universal, con hermanos de toda lengua, raza, pueblo y condición social. La verdad es que sentimos que nuestra casa es el mundo entero y nuestros hermanos, los hombres de toda la tierra.



Muchas veces la gente nos pregunta: “Y vuestros hijos, ¿qué?”. Nuestra respuesta ha sido siempre que cada uno de ellos, con el amor que les hemos dado, con la fe que les hemos transmitido, con nuestro testimonio de vida y la ayuda de Dios, tendría que recorrer su propio camino, tomar sus propias opciones en libertad, al igual que nosotros lo habíamos hecho. La tarea de formar apóstoles y misioneros de Cristo empieza por nuestro hogar. Es nuestro primer campo de apostolado. La iglesia doméstica es el lugar donde nuestros hijos se inician en el trato familiar con Dios y la primera escuela de evangelización donde todos somos evangelizados y evangelizadores.

Muchas veces la gente nos pregunta: “Y vuestros hijos, ¿qué?”. Nuestra respuesta ha sido siempre que cada uno de ellos, con el amor que les hemos dado, con la fe que les hemos transmitido, con nuestro testimonio de vida y la ayuda de Dios, tendría que recorrer su propio camino, tomar sus propias opciones en libertad, al igual que nosotros lo habíamos hecho. La tarea de formar apóstoles y misioneros de Cristo empieza por nuestro hogar. Es nuestro primer campo de apostolado. La iglesia doméstica es el lugar donde nuestros hijos se inician en el trato familiar con Dios y la primera escuela de evangelización donde todos somos evangelizados y evangelizadores.


A nosotros no nos toca conocer el momento, ni tenemos derecho a exigir los frutos de nuestra siembra. Eso sólo Dios lo sabe. A nosotros nos toca sembrar cada día con paciencia y esperanza, amarnos y permanecer unidos con la certeza de que “Aquél que inició en nosotros la obra buena la llevará a término” (Flp 1, 6), porque “¿quién ha puesto su confianza en el Señor y ha quedado defraudado?” (Si 2, 10).

GERMÁN MARTÍNEZ Y ANA MARÍA GARCÍA

Desde la realidad

Germán y Ana María son un matrimonio al que Dios ha llamado para ser matrimonio misionero. Su vocación es un don especial de Dios, pero su testimonio puede servir para interrogarse:

- ¿Qué resaltarías de la experiencia de Germán y Ana María?
- ¿Cómo puede un matrimonio cristiano fomentar en el hogar, y especialmente en los hijos, el espíritu misionero?
- ¿Crees posible en el mundo de hoy que un matrimonio con su familia pueda dedicarse a la evangelización? ¿Qué campos o tareas podría abarcar?



Una de las exigencias de las que parte la animación misionera es la reciprocidad, la conciencia de “dar y recibir”. La fe es un don que recibe el cristiano y que está llamado a compartir con todos los hombres, consciente de que “hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20, 35). La animación misionera busca generar la conciencia de que es necesario ser a la vez “comunidad evangelizada y evangelizadora” (EN 13); para ello hay que “beber en el patrimonio universal” de la Iglesia para “comunicar a la Iglesia universal la experiencia y la vida” (EN 64) y así “conservar la dulce y confortadora alegría de evangelizar” (EN 80).

Animación misionera de la familia

La animación misionera de la familia se fundamenta en los principios comunes de la acción misionera: el seguimiento de Cristo, la vivencia de la propia vocación y carisma, la comunión eclesial y la disponibilidad para la evangelización.

La animación misionera parte lógicamente de la llamada que Cristo hace a todos sus discípulos a su seguimiento. La familia, en cuanto pequeña iglesia doméstica, está invitada a *seguir a Jesús* en sus criterios y su modo de vida tal y como se expresa en el Evangelio. Desde el encuentro con Cristo y su seguimiento puede la familia reconocer su vocación eclesial y arraigar la vocación misionera.

La animación misionera de la familia ayuda a que *ame profundamente su propia realidad eclesial*; se evangeliza desde la familia y como familia. Por esta razón la familia debe enraizarse profundamente en su propia realidad y vivir la vocación a la que Dios la llama. Para ello es también fundamental vivir la *comunión eclesial* como una parte esencial de su identidad, con todo lo que ello implica: la inserción vital en la comunidad eclesial y la comunión de las diversas vocaciones, carismas y ministerios.

Por último, la animación misionera suscita la *disponibilidad para la evangelización*, sobre todo de los más pobres –dentro y fuera de la propia comunidad–, es decir, los que no tienen fe.

La familia cristiana se hace así consciente de su responsabilidad misionera y la vive transmitiendo la fe en la familia y, de forma especial, iniciando a los hijos en el compromiso apostólico y cooperando ella con la misión universal de la Iglesia.

Iniciación al compromiso apostólico

Un elemento específico de la animación y cooperación misionera de las familias es la iniciación de los niños y los jóvenes al compromiso apostólico. La iniciación del cristiano a la fe y vida cristiana implica la educación y formación para el compromiso apostólico y misionero. Ésta está llamada a ser parte indispensable de la educación cristiana ya desde la infancia (*cf.* AA 30); por eso el papel de la familia es primordial.

Es una formación que afecta a todos los ámbitos educativos del cristiano, pero que en el ámbito familiar alcanza una peculiar eficacia. En la familia se aprende a vivir con espíritu verdaderamente abierto a los demás, conscientes de los dones que se han recibido y de la necesidad de compartirlos con los

...al compromiso misionero

La animación y cooperación misionera de las familias abarca muchos ámbitos y acciones. Aquí se esbozan algunas líneas generales que pueden inspirar los compromisos concretos de las familias cristianas en la pastoral misionera:

Animación misionera:

- Informarse de la situación de la misión en el mundo, especialmente acerca de los asuntos referidos a la familia, infancia y juventud. Para ello las revistas misioneras ofrecen una gran ayuda.
- Formarse en el espíritu misionero de la Iglesia, usando los medios que se ofrecen para ello: cursos, materiales de formación de animadores misioneros, jornadas de formación, etc.
- Participar en las jornadas misioneras (de las Obras Misionales Pontificias, de la Conferencia Episcopal Española, diocesanas) sensibilizando a otras familias.
- Colaborar en la animación misionera continua que se lleva a cabo en la parroquia, la diócesis..., a través de grupos misioneros, actividades, campañas, iniciativas de formación misionera, etc.

Iniciación al compromiso apostólico:

- Atender con prioridad a la educación de sus miembros en la fe: el bautismo, la catequesis, la vida litúrgica y sacramental, la oración personal y comunitaria, el compromiso apostólico...
- Acompañar a los hijos en la maduración en la fe y en la vida cristiana y en el discernimiento de su vocación eclesial (matrimonio, sacerdocio, vida consagrada).
- Colaborar con grupos cristianos juveniles para que conozcan y fomenten la dimensión misionera de su formación y compromiso cristiano.

Cooperación misionera:

- Cooperar espiritual y económicamente con motivo de las Jornadas misioneras de la Iglesia.
- Colaborar con la misión de la Iglesia, llevando la fe a los que no conocen a Cristo y a los alejados de la Iglesia, tanto a los cercanos a la familia (familiares, parientes, amigos...) como a los lejanos (los ambientes), especialmente del mundo familiar y juvenil.
- Imprimir un estilo familiar, cercano, abierto... a la pastoral de comunidad eclesial, interesándose por acoger con afecto a las personas e ir a buscar a los alejados en sus ambientes de estudio, trabajo, diversión...
- Implicarse en actividades misioneras que realizan las instituciones misioneras, especialmente la Delegación Diocesana de Misiones y las OMP, por su carácter universal y pontificio.

Compromiso misionero del grupo

(Escribir algún compromiso como respuesta a los interrogantes planteados).

Oración

Oh Dios, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra, Padre que eres amor y vida, haz que cada familia humana sobre la tierra se convierta, por medio de tu Hijo, Jesucristo, “nacido de Mujer”, y del Espíritu Santo, fuente de caridad divina, en verdadero santuario de la vida y del amor para las generaciones que siempre se renuevan.

Haz que tu gracia guíe los pensamientos y las obras de los esposos hacia el bien de sus familias y de todas las familias del mundo.

Haz que las jóvenes generaciones encuentren en la familia un fuerte apoyo para su humanidad y su crecimiento en la verdad y en el amor.

Haz que el amor, corroborado por la gracia del sacramento del Matrimonio, se demuestre más fuerte que cualquier debilidad y cualquier crisis, por las que a veces pasan nuestras familias.

Haz finalmente, te lo pedimos por la Sagrada Familia de Nazaret, que la Iglesia en todas las naciones de la tierra pueda cumplir fructíferamente su misión en la familia y por medio de la familia.

Por Cristo Nuestro Señor, que es camino, verdad y vida por los siglos de los siglos. Amén.

JUAN PABLO II



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

Familia misionera



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS



V ENCUENTRO
MUNDIAL DE
LAS FAMILIAS

Tema 3 La familia de los misioneros

Presentación y objetivos

La historia de la Iglesia nos enseña y la experiencia confirma que las familias son un verdadero semillero de vocaciones, en particular, misioneras. Éstas se dan en todos los estados de vida de la Iglesia gracias, en gran medida, a los esfuerzos de las familias cristianas por educar en la fe y por sembrar la semilla misionera en los corazones de las nuevas generaciones, muchas veces de forma inadvertida.

“La familia cristiana, que actúa ya como misionera al presentar sus hijos a la Iglesia para el bautismo, debe continuar el ministerio de evangelización y de catequesis, educándolos desde su más tierna edad en la conciencia misionera y el espíritu de cooperación eclesial. El cultivo de la vocación misionera en los hijos e hijas será por parte de los padres la mejor colaboración a la llamada divina. Y cuántas veces esa toma de conciencia misionera de la familia cristiana la conduce a hacerse directamente misionera mediante servicios temporales, según sus posibilidades” (Juan Pablo II, “Homilía”, Javier, 6-11-1982, n. 5).

Si bien la contribución de las familias de los misioneros a la misión de la Iglesia comienza por el fomento de las vocaciones misioneras entre sus miembros, esta contribución continúa cuando les acompañan de múltiples maneras en su actividad misionera. Los misioneros siguen siendo miembros de sus respectivas familias y éstas sienten normalmente tanto la cercanía de su familiar, como la urgencia de la misión. Por eso muchas familias de misioneros colaboran con generosidad con la misión de la Iglesia en la personas de sus familiares en misión.

El objetivo de este tema es tomar conciencia de la importancia de las familias para las vocaciones y la actividad misioneras y, además de reconocer su labor, mostrar cómo acompañarlas y cooperar con ellas y, a través de ellas, con los misioneros.

Para el diálogo en grupo al inicio de la sesión

- En España hay un gran número de misioneros y muchas familias que tienen uno o varios miembros en misiones. ¿Existen en nuestro entorno familias de misioneros? ¿Cómo han reaccionado a la vocación misionera de su familiar?
- ¿Cuál debería ser la reacción de una familia cristiana si una persona cercana de la familia se sintiera llamada a ir de por vida de misiones? ¿Cuál sería mi reacción en este supuesto?
- ¿Cómo las familias de los misioneros cooperan con ellos y con la misión de toda la Iglesia? ¿Puede hacerse una familia misionera al nacer una vocación misionera en ella?

Testimonio

Somos los padres de dos hijos misioneros y, nunca mejor dicho, por la gracia de Dios. A lo largo de estos años no han sido pocas las personas que, al conocer esta circunstancia, se han dirigido a nosotros para manifestarnos su admiración, como si hubiéramos sido los protagonistas e impulsores de la decisión de nuestros hijos de responder a la llamada del Señor. Nada más lejos de la realidad.

Cierto que siempre nos hemos considerado una familia cristiana, pero sin más compromisos que la asistencia a la misa dominical, el cumplimiento de los mandamientos, a veces con poco éxito, y poco más. Nunca en el horizonte de futuro programado para nuestros hijos se nos pasó por la cabeza el deseo o posibilidad de que alguno de ellos pudiera consagrarse a Dios.

La primera etapa de sus vidas transcurrió en Ciudad Real capital. Allí iniciaron su formación junto con sus otros dos hermanos, y no en un colegio religioso, sino en la escuela pública. Bien es verdad que el ambiente que se respiraba en el aspecto religioso, tanto en los centros públicos como privados, ya por el personal docente, ya por los alumnos, era muy diferente al que se vive en la actualidad.

En el año 1986 nos trasladamos todos a Toledo. Tuvimos que acomodarlos en nuevos colegios, cosa que no resultó fácil al tratarse de cuatro alumnos. Por fin lo logramos en el Colegio Infantes, dependiente del Arzobispado de Toledo. Allí una de nuestras hijas tuvo los primeros encuentros con unas misioneras que visitaban el colegio. Estos encuentros despertaron en ella su vocación misionera, pero nosotros no lo supimos percibir.

De hecho, cuando, a raíz de su peregrinación a Santiago de Compostela en el encuentro mundial de Juan Pablo II con los jóvenes en 1989, nos comunicó su decisión de ser misionera, nos dejó sorprendidos y, de alguna manera, desconcertados, ya que nunca se nos pasó por la mente que pudiera dirigir su vida en esa dirección, puesto que se trataba de una chica muy de su época en cuanto a sus aficiones, con poco apego a todo lo que tuviera connotaciones religiosas o espirituales.

A pesar de ello, tanto mi mujer como yo aceptamos aquella decisión; no sin cierto pesar y desgarró, sobre todo de mi mujer, dado que era la única hija, porque éramos conscientes de que, si nos considerábamos cristianos, no podíamos oponernos a la llamada del Señor, máxime cuando ya empezaba a preocuparnos la falta de vocaciones en la Iglesia. ¡Qué contrasentido tan grande hubiera sido oponernos, cuando era a nuestra hija a la que Dios llamaba!

Por otra parte, pensábamos que al fin y al cabo no dejaba de ser un asunto este entre ella y Dios, del que debíamos quedar al margen. Sin embargo, poco tiempo tardamos en darnos cuenta de que, cuando Dios se fija en alguien de la familia, sus consecuencias trascienden a todos sus miembros. Nosotros, que no dejábamos de ser unos cristianos de rutinario cumplimiento, sin una verdadera presencia de Dios en nuestras vidas, llevados de un vivo interés en descubrir lo que había impulsado a una muchacha de 19 años a darle un giro tan drástico a su existencia, quisimos conocer, primeramente, la fraternidad misionera en la que se había integrado. Fueron las “cuerdas humanas” que el Señor nos envió para que pudiéramos llegar a conocerle (cf. Os 11, 4).

Nos enseñaron a orar y a dialogar con Dios a través de su Palabra, introduciéndonos en un proceso de acercamiento que culminó con el descubrimiento de un Dios cercano, desconocido hasta entonces por nosotros, que llenó nuestra vida de VIDA.

Descubrimos el tesoro que nuestra hija había encontrado un poco antes. Por eso, cuando seis años después nuestro hijo menor, con 21 años, a punto de terminar la carrera de ingeniero agrónomo y con novia, nos comunicó su decisión de dejar todo y hacerse misionero, lejos de suscitar en nosotros alguna preocupación, lo que nos produjo fue un sentimiento de inmensa gratitud a Dios. Se hizo realidad en nuestra familia lo que Jesús le dijo a Zaqueo cuando se fijó en él: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa” (Lc 19, 9).

Esta segunda vocación produjo una honda impresión en el resto de la familia, principalmente en sus tíos y primos. Para tranquilizarlos decidimos mi mujer y yo, junto con nuestros hijos y otros misioneros y misioneras, compartir con ellos y más gente un día de convivencia en el Santuario de la Patrona de nuestro pueblo. La experiencia fue fantástica por el entusiasmo que el Señor despertó en ellos.

Durante todo este tiempo, desde la vocación de nuestra hija, que va para 17 años, y posteriormente la de nuestro hijo, hace 11 años, nuestra familia no ha hecho sino crecer. Hermanos de los cinco continentes han ido pasando –de visita a Toledo– por nuestra casa, lo que ha hecho compartir con ellos, además de la cultura, lo más importante para un cristiano, que es la fe en Jesucristo.

En este sentido, nuestras visitas a Rusia (donde ha estado muchos años nuestra hija) y últimamente a Filipinas (donde está nuestro hijo) para ver a nuestros hijos han constituido otras dos experiencias inolvidables, porque nos han permitido compartir la fe y nuestra vivencia de Dios con hermanos que no conocíamos, pero con los que nos sentíamos unidos por lazos más fuertes que los de la sangre, salvando las barreras de la cultura y del idioma.

Ante estas experiencias, qué actualidad y fuerza cobraban las palabras del profeta Isaías: “Ensancha el espacio de tu tienda, no te detengas; alarga tus sogas, tus clavijas asegura; porque a derecha e izquierda te expandirás” (Is 54, 2-3).

Al igual que nuestros hijos, también nosotros nos sentimos misioneros, y desde nuestra pobreza y fragilidad estamos anunciando a Jesús en todos los entornos en los que nos movemos, sin miedo a lo que puedan pensar de nosotros. Sólo le pedimos al Señor que siga aumentando nuestra fe y nos dé la gracia necesaria para continuar dando testimonio de Él con fuerza y valentía, en todo momento y circunstancia en que nos tengamos que mover.


PEDRO MUÑOZ Y HORTENSIA SÁNCHEZ-HERRERA



Desde la realidad

Pedro y Hortensia tienen una hija y un hijo misioneros. Ellos mismos, estimulados por la entrega de sus hijos al Señor y a la misión, han hecho su propio camino de fe y de conocer mejor y cooperar con la misión.

- ¿Cuál crees que es la aportación que hacen las familias de los misioneros a la misión?
¿Crees que es importante?
- ¿Cómo repercute en la vida familiar la vocación misionera de alguno de sus miembros?
- ¿Puede ser “contagiosa” la vocación misionera dentro de la familia?



sarias y respondiendo a la llamada de Dios— se preparan y son enviadas a aquellos lugares donde o bien no se conoce o sólo de forma insuficiente el Evangelio, o bien la Iglesia local necesita ayuda para la evangelización.

Sin lugar a dudas, la vocación misionera, como cualquier otra vocación eclesial, se gesta y se cultiva en las familias cristianas (cf. AG 41; FC 54). Ésta es una dimensión esencial de la cooperación que las familias cristianas prestan a la misión universal de la Iglesia. Porque, aunque la vocación es un don del Espíritu Santo a la persona, es evidente que la influencia sobre la llamada que puede ejercer el ambiente, sobre todo el familiar, es muy grande. Por eso, todas las familias cristianas tienen la obligación de vivir la dimensión universal y misionera de la fe y el amor cristianos y así crear el ambiente familiar adecuado en el que los hijos puedan llegar a descubrir la vocación misionera y a seguirla, si la sienten.

Discernimiento y maduración de la vocación misionera

Una parte esencial de la labor educativa en la fe que lleva a cabo la familia cristiana es el fomento de la vocación propia de los hijos y en especial de la eclesial (cf. LG 11; GS 52; AA 11). Además, la familia cristiana que es consciente de su responsabilidad misionera sabe que está llamada a reconocer y fomentar la vocación misionera de sus miembros. Los padres, pues, tienen la obligación de educar cristianamente a sus hijos en los valores y las cualidades necesarias para que comprendan la dimensión universal del amor de Dios (cf. FC 54). De esta manera están poniendo las bases para que sean capaces de responder a la vocación misionera, si Dios les llama a ello. Si ésta se diera, la familia cristiana, como pequeña iglesia doméstica, es la ayuda más cercana que pueden encontrar los hijos en el camino del discernimiento de la vocación y su maduración, para que lleguen a ser enviados a llevar el Evangelio y colaborar con las Iglesias más necesitadas.

La vocación misionera, un don para la familia y para la Iglesia

En el camino de maduración personal y cristiana es esencial la cercanía y la comprensión. Así pues, la familia cristiana está llamada a acoger la vocación de alguno de sus miembros como un don de Dios, y con generosidad ayudar a que responda a lo que Dios le pide con libertad y con alegría. Además las familias deben considerar que este don de Dios lo es en primer lugar para la persona llamada, pero también para los que comparten cerca de ella —en la familia o la comunidad cristiana— y, en última instancia, para toda la Iglesia.

Bien es verdad que no siempre las familias acogen la vocación de los hijos con agrado, concibiéndola como un don de Dios, y no son pocas las que no la entienden o aceptan. El camino de la aceptación es doloroso para todos —la familia y el misionero— y supone paciencia y amor. A veces, la familia al cabo de un cierto tiempo llega a aceptarla; otras permanece en la incomprensión muchos años. En cualquier caso, la comunidad cristiana debe mostrar su acogida hacia las familias de los misioneros y, sobre todo —con tacto y discreción—, su comprensión a las que les cuesta aceptar la vocación de uno de sus miembros.

...al compromiso misionero

Se presentan seguidamente tres claves importantes para madurar el compromiso centrando la atención en la familia de los misioneros:

1. *La cooperación de las familias cristianas a la misión universal de la Iglesia comienza por el discernimiento de la vocación de los hijos:*

– Crear un ambiente de oración, servicio al prójimo y participación en las actividades eclesiales que favorezca el nacimiento y desarrollo de las vocaciones en la familia.

– Informarse y conocer la vocación misionera en general, así como participar en la Jornada de “Vocaciones Nativas” de la Obra Pontificia de San Pedro Apóstol (cuarto domingo de Pascua) para conocer las necesidades de las Iglesias en países de misión.

2. *Ayudar directamente a las familias de los misioneros con:*

– La oración por los misioneros conocidos y sus familias.

– El agradecimiento y el apoyo de la comunidad eclesial a las familias de los misioneros, sobre todo en los momentos en que más lo necesitan: enfermedad, fallecimiento de un familiar, etc., o a la hora de aceptar la vocación de uno de sus miembros.

– La colaboración con la Delegación Diocesana de Misiones en su labor de contacto con los misioneros de la diócesis y en la acogida de los retornados.

3. *Cooperar con la misión universal de la Iglesia a través de las familias de los misioneros para:*

– Conocer las noticias de los misioneros y de su labor misionera.

– Facilitar el testimonio de los misioneros en la parroquia, los grupos misioneros, las asociaciones cristianas, etc., cuando están de paso por España.

– Colaborar económicamente con los misioneros buscando además otras aportaciones de personas, familias, comunidades cristianas, etc., para la misión.

– Ayudar a las familias de los misioneros a una cooperación temporal en la misma misión.

Compromiso misionero del grupo

(Escribir algún compromiso como respuesta a los interrogantes planteados).

Oración

Dios misericordioso y eterno:

acoge nuestra alabanza y gratitud por tantos [...] que, dejándolo todo, han decidido dedicarse por entero a la causa del Evangelio.

Sus padres [...] pidieron para ellos la gracia del bautismo, los educaron en la fe, y Tú les concediste el don inestimable de la vocación misionera.

Gracias, Padre de bondad.

Santifica a tu Iglesia para que sea siempre evangelizadora.

Confirma en el espíritu de tus Apóstoles a todos aquéllos [...]

que dedican su vida, en tu Iglesia, a la causa de nuestro Señor Jesucristo.

Tú los llamaste a tu servicio; hazlos, ahora, perfectos cooperadores de tu salvación.

Haz que las familias cristianas

eduquen a sus hijos intensamente en la fe de la Iglesia y en el amor del Evangelio, para que sean semilleros de vocaciones apostólicas.

Vuelve, Padre, también hoy tu mirada sobre los jóvenes

y llámalos a caminar en pos de Jesucristo, tu Hijo.

Concédeles prontitud en la respuesta y perseverancia en el seguimiento.

Dales a todos valor y fuerzas

para aceptar los riesgos de una entrega total y definitiva. [...]

Mira propicio la angustia de cuantos padecen hambre, soledad o ignorancia.

Haznos reconocer en ellos a tus predilectos

y danos la fuerza de tu amor, para ayudarlos en sus necesidades.

Virgen Santa del Pilar:

desde este lugar sagrado alienta a los mensajeros del Evangelio,

conforta a sus familias y acompaña maternalmente nuestro camino

hacia el Padre, con Cristo, en el Espíritu Santo. Amén.

JUAN PABLO II (Zaragoza, 10 de octubre de 1984)



Familia misionera



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS



V ENCUENTRO
MUNDIAL DE
LAS FAMILIAS

Celebración litúrgica

Monición de entrada

La familia es definida por el Concilio Vaticano II como una “pequeña iglesia doméstica”. En la familia cristiana se hacen presentes los rasgos esenciales de la Iglesia universal. Uno de ellos es la dimensión misionera, ya que “la Iglesia es, por su propia naturaleza, misionera” (AG 2). Por eso, la familia cristiana debe ser ella misma misionera, según formas adecuadas y conforme a sus posibilidades.

En esta celebración nos proponemos dar gracias a Dios por el don de la familia y pedirle por las familias cristianas, para que sean capaces de vivir el Evangelio y testimoniarlo, sintiéndose enviadas a todos los hombres y todos los pueblos, como la Iglesia universal de la que forman parte.

Oración de alabanza

*“Por eso doblo mis rodillas ante el Padre,
de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra” (Ef 3, 14-15)*

En el inicio de nuestra celebración abramos gozosos nuestros corazones a la fe, alabando a Dios por las maravillas que ha hecho al crear al hombre y al encomendar el cuidado y la maduración de su vida al matrimonio y a la familia.

Bendito sea Dios, que ha dado a la familia la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor.

R/ *Benedicid al Señor* (o un canto apropiado).

Bendito sea Dios, que convoca a los hombres a la familia humana, que está llamada en Cristo Jesús a ser la familia de los hijos de Dios. R/

Bendito sea Dios, que hace de la familia una pequeña iglesia doméstica. R/

Bendito sea Dios, que mueve a las familias a compartir con otras sus riquezas espirituales y materiales. R/

Bendito sea Dios, que hace a las familias testigos de Cristo y misioneras del amor y de la vida. R/

Bendito sea Dios por la Sagrada Familia en la que nació y creció Jesús en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres. R/

Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo, y cada familia lo bendiga. R/

Liturgia de la Palabra

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol San Pedro

2, 4-5.9-10

Acercaos al Señor, la piedra viva que los hombres despreciaron, pero que para Dios es piedra escogida y de mucho valor. De esta manera, Dios hará de vosotros, como de piedras vivas, un templo espiritual, un sacerdocio santo que por medio de Jesucristo ofrezca sacrificios espirituales, agradables a Dios. Vosotros sois una familia escogida, un sacerdocio al servicio del Rey, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios, destinado a anunciar las obras maravillosas de Dios, que os llamó a salir de la oscuridad y entrar en su luz maravillosa. Antes, ni siquiera erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios; antes Dios no os tenía compasión, pero ahora tiene compasión de vosotros.

Salmo responsorial

Sal 95

R/ Familias de los pueblos, aclamad al Señor.

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre,
proclamad día tras día su victoria.

Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones;
porque es grande el Señor, y muy digno de alabanza.

Familias de los pueblos, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor.

Alégrese el cielo, goce la tierra,
retumbe el mar y cuanto lo llena;
vitoreen los campos y cuanto hay en ellos,
aclamen los árboles del bosque.

Delante del Señor, que ya llega,
ya llega a regir la tierra:
regirá el orbe con justicia
y los pueblos con fidelidad.

Evangelio

✠ Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

8, 19-21

La madre y los hermanos de Jesús acudieron a donde él estaba, pero no pudieron acercársele porque había mucha gente. Alguien avisó a Jesús:

–Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte.

Él contestó:

–Los que oyen el mensaje de Dios y lo ponen en práctica, esos son mi madre y mis hermanos.

Sugerencias para la homilía

La familia comparte con todos los miembros de la Iglesia la responsabilidad por la evangelización de todos los hombres y pueblos. Ella misma es enviada a cumplir el mandato misionero de Jesús. La cooperación misionera de la familia se basa fundamentalmente en el testimonio que aporta de su vida según el Evangelio. La familia proclama con su vida y con su palabra las maravillas que Dios obra en su seno, “tanto las presentes virtudes del Reino de Dios como la esperanza de la vida bienaventurada” (LG 35).

Escuchando la Palabra de Dios y participando en los sacramentos y vida litúrgica y en el ejercicio de la caridad de la Iglesia, la familia refuerza su identidad: ser una pequeña iglesia doméstica. La familia abre así sus puertas a todos los hombres y se expande hasta llegar a ser un reflejo de la Iglesia universal, formada por personas de todo el mundo.

La familia no puede encerrarse en sí misma; se desvirtuaría su identidad y dejaría de aportar sus riquezas espirituales a la Iglesia y a los hombres. Pertenece a su esencia el vencer las insidias que amenazan el amor, para vivir un amor cada vez más en sintonía con el amor de Dios. La familia está llamada a vivir un amor universal, con un corazón en el que todos los hijos de Dios encuentren un lugar.

El envío misionero de las familias se produce desde el momento en que abren su corazón a la fe y experimentan las necesidades de la evangelización como algo propio. Los miembros de la misma familia que no tienen fe o no la viven con coherencia, los amigos alejados de la práctica de la vida cristiana, los ambientes en los que falta la presencia de Dios, son los lugares más inmediatos de misión; sin olvidar las personas de otros pueblos y países que no conocen a Cristo y a los que una familia puede ir en misión, si a ello es llamada por Dios y enviada por la Iglesia.

Oración de intercesión

Padrenuestro de las familias

Las familias tienen una gran misión que Dios les encomienda y que sólo con su gracia pueden llevar a cabo con sencillez y hasta el final. Pidamos por todas las familias para que crezca su empeño por vivir el plan de Dios sobre ellas y lleven a todos los hombres hacia Dios, su Padre.

Para que tu nombre sea conocido, reconocido y alabado por todas las familias.

R/ *Padre nuestro del cielo, escúchanos.*

Para que cada familia se empeñe para que venga a todos tu Reino. R/

Para que se cumpla tu voluntad en cada familia y todas vivan según tu plan de amor. R/

Para que des tu pan a cada familia, el pan de la tierra y el pan del cielo. R/

Para que en cada familia se aprenda a perdonar y a ser perdonado. R/

Para que no dejes a las familias caer en la tentación de vivir un amor diferente al de Jesucristo. R/

Para que libres de todo mal a las familias. R/

Dejemos que el Espíritu abra nuestros corazones a la confianza en Dios, de quien somos verdaderos hijos, sintiéndonos a la vez en Cristo unidos a toda la familia humana:

Padre nuestro.

Oración de bendición y envío

Al terminar esta celebración invocamos la bendición de Dios para que todas las familias, y especialmente las familias cristianas, vivan su misión en la Iglesia y en el mundo con alegría.

Oh Dios, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra,
haz que cada familia humana sobre la tierra se convierta,
por medio de tu Hijo, Jesucristo, “nacido de Mujer”,
y del Espíritu Santo, fuente de caridad divina,
en verdadero santuario de la vida y del amor,
y que la Iglesia en todas las naciones de la tierra
pueda cumplir fructíferamente su misión
en la familia y por medio de la familia. R/ *Amén.*

Y la bendición de Dios Todopoderoso,
Padre, Hijo † y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros. R/ *Amén.*

Oración final a la Sagrada Familia

“Por misterioso designio de Dios, en la Sagrada Familia vivió escondido largos años el Hijo de Dios: es, pues, el prototipo y ejemplo de todas las familias cristianas. Aquella familia, única en el mundo, que transcurrió una existencia anónima y silenciosa en un pequeño pueblo de Palestina; que fue probada por la pobreza, la persecución y el exilio; que glorificó a Dios de manera incomparablemente alta y pura, no dejará de ayudar a las familias cristianas, más aún, a todas las familias del mundo, para que sean fieles a sus deberes cotidianos, para que sepan soportar las ansias y tribulaciones de la vida, abriéndose generosamente a las necesidades de los demás y cumpliendo gozosamente los planes de Dios sobre ellas.

Que San José, ‘hombre justo’, trabajador incansable, custodio integérrimo de los tesoros a él confiados, las guarde, proteja e ilumine siempre.

Que la Virgen María, como es Madre de la Iglesia, sea también Madre de la ‘iglesia doméstica’, y, gracias a su ayuda materna, cada familia cristiana pueda llegar a ser verdaderamente una ‘pequeña iglesia’, en la que se refleje y reviva el misterio de la Iglesia de Cristo. Sea ella, Esclava del Señor, ejemplo de acogida humilde y generosa de la voluntad de Dios; sea ella, Madre Dolorosa a los pies de la Cruz, la que alivie los sufrimientos y enjugue las lágrimas de cuantos sufren por las dificultades de sus familias.

Que Cristo Señor, Rey del universo, Rey de las familias, esté presente como en Caná, en cada hogar cristiano para dar luz, alegría, serenidad y fortaleza. [...] que cada familia sepa dar generosamente su aportación original para la venida de su Reino al mundo, ‘Reino de verdad y de vida, Reino de santidad y de gracia, Reino de justicia, de amor y de paz’ hacia el cual está caminando la historia.

A Cristo, a María y a José encomendamos cada familia. Amén”.

JUAN PABLO II, oración conclusiva de la exhortación apostólica *Familiaris consortio*

